



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11244

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 28 DE ABRIL DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

OTRO ENSAYO

La presencia en Madrid de la comisión de comerciantes gaditanos y sus pretensiones de que por los jefes de los distintos partidos se exijan las dimisiones á los concejales de la capital andaluza, á objeto de que los puestos que dejen vacantes, los ocupen los peticionarios, traen á la memoria algo que hace algunos años se ensayó en esta ciudad, sin que ninguno de los que pusieron mano en el ensayo quedase satisfecho del resultado que dió.

Tratábase, como ahora, de elegir Ayuntamiento, y la prensa local, rompiendo las lanzas por la separación de la administración y la política, hizo una campaña calurosa en pro de tan buen propósito; y tanto predicó en este sentido, que, de la noche a la mañana, vino á quedar casi al arbitrio de la misma la facultad de elegir los concejales que habían de sustituir á los que, por mandamiento de la ley, cesaban en sus funciones aquel año.

En reunión numerosísima, á la que concurrieron los jefes de los partidos, una representación crecida de la clase neutra y muchos periodistas, nombróse una comisión encargada de hacer la candidatura, se constituyó enseguida, y en unas cuantas sesiones de largas horas é impropio trabajo, quedó hecha la lista de concejales; siendo éstos elegidos el día de la elección y proclamados en la hora del escrutinio.

¡Gran victoria hemos ganado!—decíamos los periodistas al contemplar nuestra obra.—De hoy más, la prensa será escuchada, los servicios atendidos, en las discusiones del Ayuntamiento no presenciaremos las contiendas de partido y el interés particular permanecerá mudo ante el de la población.

Pero llegó el 1.º de Julio; reunióse el Ayuntamiento en sesión extraordinaria para dar posesión á los nuevos concejales; echóse el alcalde un discurso y se sentaron, cada cual con sus amigos, porque aquellos concejales que á la prensa debieron su elección, eran políticos como los que acababan de salir, si bien no lo parecían porque estaban en situación pasiva.

La gestión de aquel Ayuntamiento fué como la de todos; y hay periodistas de aquellos tiempos que lo consideraron un fracaso, pues formado para que se ocupara preferentemente de administración, fué político como todos los que le precedieron y le han sucedido.

Y tuvo ese Ayuntamiento algo que no ha tenido ningún otro: un concejal nació por generación espontánea, que nadie pensó en él y surgió de improviso á la hora de la proclamación.

El ensayo que se intenta ahora en Cadiz no tendrá mejor resultado. No lo ampara la ley, pero aun que lo amparara, no podrá quedar la corporación una vez elegida libre de las trabas que le pondrán el gobierno y su representante el gobernador; tendrá á su cargo el censo, el servicio de elecciones y la amenaza del delegado; y dado que empiece bien la marcha, acabará por ser dirigido por un comité y será como todos.

Vivir para ver.

CANTARES

Tengo los ojitos secos de tanto llorar por tí, y ni te duelen mis penas ni te ablanda mi sufrir.

¡Qué me importa que la gente vea llorar mi dolor, si las lágrimas consuelan las penas del corazón!

Suspiro de mi pecho, ve y dile á la prenda mía que no se olvide de mí, que el dolor me mataría.

EMMA.

COSAS VARIAS

Escándalo en el ejército ruso

En la actualidad se está viendo ante un consejo de guerra, á puerta cerrada, en el tribunal militar de San Petersburgo, un asunto altamente sensacional.

Dos generales y diez y seis oficiales se hallan acusados de malversación del dinero del estado por muchos millones de rublos.

Uno de los generales acusados es miembro de una de las más antiguas familias de la nobleza rusa.

La malversación se ha venido cometiendo hace años y los reos se hallan, también, acusados del soborno de varios intendentes para efectuar la malversación.

Créese que serán sentenciados á trabajos forzados en Siberia... ¡Una friolera!

De reina á mendicante

La reina inglesa Eadburh, mujer de Beorhtle, rey de Wessex, preparó en 802 un veneno para matar á un joven muy querido del rey. Ocurrió que Beorhtle probó el manjar antes que su favorito y ambos murieron de sus efectos.

Después de esto, ella no pudo permanecer en el reino sajón del Oeste, y tomando una buena parte del tesoro, cruzó el mar, y se presentó en la corte del emperador Carlos el Grande, el cual le dió un convento que gobernó varios años como abadesa.

Su conducta, sin embargo, fue tan mala que el emperador la expulsó, y pasó el resto de su vida en la pobreza, viéndose reducida antes de su muerte á mendigar en las calles de Pavía, acompañada por una joven esclava.

Debido á sus malas acciones, en lo sucesivo las esposas de los reyes de Wessex, dejaron de llamarse reina, siendo sustituido por Lady.

FARÓN

Aspero, brutal y desconsiderado, era Farón el terror de los muchachos que formaban su *troupe* de saltimbanquis. La vida de Farón parecía una imprecación constante contra la justicia y el deber. Sumido en el tenebroso caos de su ignorancia, y embrutecido en la holganza, los miembros del gimnasta habían adquirido su extraordinario desarrollo. Tenía además el corazón duro como el hierro, y esperaba las horas del ensayo con la misma satisfacción con que se aguarda la hora del deleite y del recreo, mientras que sus infelices discípulos temblaban de pies á cabeza con solo recordarle.

El menor desequilibrio al recorrer la cuerda floja; una simple muesa de dolor en las frecuentes caídas de los arriesgados saltos mortales, eran bastante para arrancar al odiado látigo de Farón una dolorosa caricia. Las niñas le temblaban; los chicos le maldicían además.

Cierta día, Farón se levantó de un humor endiabado; su boca, repugnante, no se abría más que para lanzar imprecaciones.

—¿Qué os sucede?—le preguntó el posadero.

—¿Y á usted qué le importa, tío Bartolo?

—Hombree, quién sabe si yo pudiera seros útil.

—Pues bien—respondió el Héronles con voz reconcentrada,—va usted á saberlo. Estoy furioso, loco, acabo de ocurrirme un ejercicio sorprendente, maravilloso, jamás visto en parte alguna, y con el que ganaría todo el dinero que quisiera: pero me falta un muchacho; no tengo más que seis y para ejecutar el nuevo ejercicio son necesarios siete; ¿lo oye usted, tío Bartolo? siete; no puede ser ni uno menos, ¡vivo Dios! que esto es para desesperarse...

El posadero nada dijo á Farón; volvió la espalda, y á los pocos minutos presentóse en la habitación del gimnasta acompañado de tres de sus hijos.

—Escucha usted, señor Farón—dijo al atleta,—que si á usted le falta uno, á mí me sobran dos ó tres.

—¿Y me cede usted uno?—articuló asombrado el saltimbanqui.

—El que usted quiera elegir. Este tiene catorce años, se llama Delfín y es

listo como una ardilla; aquí tiene usted á mi Celina, que aún no ha cumplido los once y es la bondad misma, y bonita, no tiene usted más que mirarle la cara; es la misma de su difunta madre.

—Como bonita es un serafín; pero yo conozco á los chicos, y eso que usted llama bondad, tío Bartolo, me está pareciendo una muy refinada hipocresía, y no me gusta una pizca...

—Vamos, no desbarre usted, señor gimnasta; mi Leoadio, en fin, tendrá siete inviernos para Navidad—terminó el posadero, señalando al menor de sus hijos.

—El uno es pequeño y el otro tiene ya los huesos duros; contra mis deseos la única que me conviene es la chica.

—Pues convenidos: ¿y en qué condiciones?

—Vestiria, mantenerla, dar quince reales á usted al mes, y despacharla al cumplir los quince años; una ganga; pero que le conste que si dentro de diez ó doce días no me da resultados, se la traigo.

—Tendrá usted chica para mucho tiempo.

Celina partió al día siguiente con Farón y los suyos.

Por la primera vez en su vida sacaban las lágrimas el atezado rostro de Farón; y su corazón, antes insensible y duro, sentíase en extremo torturado.

Hacia cuatro años que el tío Bartolo le habla confiado á Celina, y en cumplimiento de lo pactado, la niña debía partir con su hermano Delfín, que á buscarla había venido.

Tal era la causa del sufrimiento de Farón; aquella muchacha que empezó por chocarle con su seductora humildad, llegó muy pronto á constituir su encanto sin que de ello se diera cuenta. La dulzura de la débil niña disipó la aspereza del Héronles, como la claridad del alba disipa sin lucha las tinieblas de la noche; y aquel corazón sordo siempre á toda clase de sentimientos, concluyó por llenarse por completo del más tierno y dulce afecto; Celina fue, á poco de ingresar en su compañía, su querida, su amada hija.

Cuando la niña le sonreía ó le prodigaba una caricia, el antiguo tigre se consideraba dichoso y feliz y cada día

una sola mancha; ¿podréis dispensarme vuestro aprecio, sin temor de que sea mal otorgado?

—¡Ah, señoral de vos exhala un perfume de castidad y de pureza indudable: siempre ha sido lo mismo; yo hablaba acerca de ello á las madres trinitarias, y siempre me decían:—La hermana Ursula es una santa.

En aquel momento, una de las doncellas de Azucena, la anunció la visita de Mr. de la Chaumiere.

—¡Oh! ¡qué impertinencia! dijo á media voz Azucena, pero de modo que lo oyó Ursula: ¿á qué viene ese hombre?

Y luego añadió en alta voz, dirigiéndose á la doncella:

—Decid á ese caballero que me dispense: que me llame la princesa de los Ursinos: que le suplico me espere.

La doncella salió.

—¿Por qué viene á visitarnos Mr. de la Chaumiere, el hombre mas despreciable que conozco? dijo Ursula.

—¡Ah! ¿conocéis vos á Mr. de la Chaumiere? dijo Azucena con mas extrañeza que cuidado.

—¡Oh, sí! le conozco mucho.

—Pues si le conocéis, debéis haber sido objeto de sus galanteos.

—Objeto de la pasión mas frenética que ha sentido un hombre por una mujer.

—¿Sí? ¿y por qué no os habeis casado con él, puesto que no conociais vuestro origen? ¿ha sido acaso porque os lo impedía algun voto?

—Sí, ciertamente: durante mucho tiempo me ha impedido el escuchar las solicitudes de Mr. de la Chaumiere el voto que me había hecho á mi misma de no faltar nunca á mi dignidad.

—¿Pero tan indignamente os ha solicitado Mr. de la Chaumiere?

—Ha pretendido comprarme.

Se enrojéó cuanto puede enrojarse una mujer pura, al escuchar estas palabras Azucena.

—Si yo no os amara ya, dijo Ursula, me obligaría á amaros la belleza de vuestra alma purísima: si, si somos hermanas, Azucena: permitidme que os dé este hermoso nombre, con el cual os he conocido y os he estimado: somos hermanas, porque se parecen mucho vuestras almas; pero volvamos á Mr. de la Chaumiere: á tiempo he conocido mi origen, porque de otro modo, hubiera sido esposa de ese hombre.

—¿Le amais? dijo tranquilamente Azucena, como si le hubiese importado muy poco que Ursula amase ó no á de la Chaumiere.

—No, respondió Ursula: las circunstancias extra-

—Es necesario salvarla, dijo Ursula: es un ángel, y su union con ese infame le haría terriblemente desgraciada: su cuarto está en comunicación con el de la princesa: ¡oh!... sí, esto es: para algo grave había de servir alguna vez el buen bachiller Marcos Calderon.

Azucena entró.

—Decidme, la preguntó Ursula: ¿por dónde debía llegar hasta vos Mr. de la Chaumiere? Esos balcones parece que dan á un patinillo; supongo que á las doce de la noche no debía entrar en vuestro cuarto por la puerta Mr. de la Chaumiere.

—Debía entrar por el patinillo para no ser visto: debajo de ese balcón hay una reja.

—Permitidme, dijo Ursula, que estaba ya completamente vestida con un bello traje de damasco leonado, con encajes negros.

Y se fué al balcón, le abrió, miró, y vió el pequeño patinillo triangular que solo tenía en uno de sus lados los balcones: estos eran tres: cada uno de ellos tenía debajo, como hemos dicho, una gran reja.

—¿Son vuestros tambien esos balcones? dijo Ursula.